
Rocío Da Riva y Jordi Vidal (eds.)

DESCUBRIENDO EL ANTIGUO ORIENTE

PIONEROS Y ARQUEÓLOGOS
DE MESOPOTAMIA Y EGIPTO A
FINALES DEL SIGLO XIX Y
PRINCIPIOS DEL SIGLO XX



Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Coordinación editorial: Mari Paz Ortuño

© Rocío Da Riva/Jordi Vidal, 2014

© Edicions Bellaterra S.L., 2014

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona

www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España

Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-695-8

Depósito Legal: B. 00.000-2014

Impreso en Ramanyà Valls, Capellades (Barcelona)

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
---------------	---

I INTRODUCCIÓN

1. La historia de la historiografía: conceptos y debates, <i>J. Cortadella</i> .	17
2. Reflexiones historiográficas sobre el Orientalismo Antiguo, <i>J. Vidal</i>	25

II EGIPTO

3. Los primeros exploradores del Desierto Occidental Egipcio: Evidencias del Neolítico Sahariano, <i>R. Marsal</i>	39
4. La década 1893-1903 y el nacimiento de la historiografía sobre los orígenes de Egipto, <i>J. Cervelló</i>	69
5. Un mito tenaz: el Egipto antiguo o el paraíso perdido en la obra de los egiptólogos de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, <i>J. C. Moreno</i>	103
6. Mortimer Wheeler, Leonard Woolley y John Bryan Ward-Perkins. De El-Alamein a Túnez. La protección del patrimonio arqueológico en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial, <i>F. Gracia</i>	123

III
ORIENTE

7. Joaquín González Echegaray, el Khiamiense y los orígenes del Neolítico en Próximo Oriente, <i>J. González Urquijo/J. J. Ibáñez...</i>	161
8. Las primeras referencias a los monumentos megalíticos en la Transjordania, <i>J. R. Muñiz/V. Álvarez...</i>	181
9. El descubrimiento arqueológico de la antigua Ugarit: Análisis de un relato eurocéntrico, <i>J. Vidal...</i>	197
10. André Parrot y el renacimiento de Mari en el valle del Medio Éufrates sirio, <i>J. L. Montero...</i>	215
11. Ernest Renan (1823-1892), <i>M. E. Aubet...</i>	231
12. Robert Koldewey y las excavaciones de Babilonia, <i>R. Da Riva...</i>	247
13. El redescubrimiento de Petra y de los nabateos por los occidentales, <i>C. Buenacasa...</i>	277
ÍNDICES	00

3. LOS PRIMEROS EXPLORADORES DEL DESIERTO OCCIDENTAL EGIPCIO: EVIDENCIAS DEL NEOLÍTICO SAHARIANO¹

Roser Marsal
Universitat Autònoma de Barcelona

INTRODUCCIÓN

No es de extrañar que el extenso desierto del Sahara haya despertado una gran fascinación a lo largo de la Historia, pues sus diversos paisajes así como el difícil acceso para su exploración han creado mitos y leyendas en torno a su naturaleza. La búsqueda de respuestas a esas quimeras fue lo que aventuró a los primeros exploradores a adentrarse en las entrañas del desierto, donde descubrirían mucho más que legendarios oasis perdidos.

Hasta hace apenas dos décadas, la imbricación entre el Desierto Occidental Egipcio y el valle del Nilo parecía ilusoria. La contraposición entre el valle del Nilo (tierra negra) y los desiertos (tierra roja), presente en los textos egipcios creó una visión negativa del desierto; era el dominio de los muertos y el lugar de hábitat de criaturas fantásticas. Así, los primeros egiptólogos entendían que todo aquello que estuviera fuera de los márgenes del valle del Nilo no debía ser tratado dentro de la disciplina egiptológica. Se trataba entonces de un ámbito marginal y sin interés alguno, reservado a aquellos que querían dedicarse al estudio de «las sociedades primitivas». Además, las duras condiciones climáticas del propio desierto del Sahara tampoco favorecieron el estudio de esta gran área.

1. Quisiera expresar mi agradecimiento a los organizadores del workshop: «Descubriendo el Antiguo Oriente: estudiosos de Mesopotamia y Egipto a finales del siglo XIX y principios del siglo XX», Rocío Da Riva y Jordi Vidal, por la oportunidad de presentar este trabajo, que sin su ayuda no hubiera sido posible. Especialmente, agradezco a Rocío Da Riva, la propuesta de participación en el workshop, la lectura, corrección y aportación de ideas y materiales para mejorar el texto, su apoyo y ayuda desinteresada. Por último, agradezco a Rocío Da Riva, Agustí Ensesa, Mohamed Mabrouk y András Zboray por la facilitación del material fotográfico.

Sin embargo, los hallazgos en el Desierto Occidental Egipcio nos están permitiendo ampliar y descubrir no sólo las innegables conexiones e influencias mutuas en el origen de la civilización faraónica, sino también la importancia de esta vasta extensión en los contactos de los egipcios con sus regiones vecinas (Moreno García, 2008). Pero también los diferentes hallazgos ahondan en la comprensión de la naturaleza de las rutas caravaneras para, poco a poco, desentrañar los motivos para hacer tan arriesgada y larga travesía (Förster, 2007; Förster *et al.*, 2013).

De esta manera, lo que se pretende en este artículo es señalar de forma preliminar el camino que abrieron los primeros exploradores en la comprensión de la influencia sahariana en los orígenes de la civilización egipcia, así como la relación de los antiguos habitantes del valle del Nilo con el Desierto Occidental Egipcio.

LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA Y PRINCIPALES ACCIDENTES GEOGRÁFICOS

El Desierto Occidental Egipcio, también llamado Desierto Líbico, ocupa la zona de Egipto al oeste del Nilo, la zona oriental de Libia así como el noroeste del Sudán. Cubre un área de unos 1.100.000 km² (1100 E-W, 1000 km² N-S) y está compuesto por un variado paisaje (El Baz *et al.*, 1982) (Fig. 1). Por un lado, en su vertiente nororiental se abre una llanura de suave pendiente hacia el mar Mediterráneo, donde hay grandes depresiones como la de Qattara, situada al sur del escarpe norte. Otras depresiones forman los oasis de Bahariya, Farafra, Dakhla y Kharga, todos ellos ubicados al pie de los escarpes. También existen pequeños oasis deshabitados dispersos, vinculados a depresiones mayores, donde el agua aflora a un par de metros de profundidad.

La llanura del Desierto Occidental Egipcio también es interrumpida por una serie de mesetas y cordilleras donde destacan, entre otras, la meseta del Gilf Kebir (Penderel, 1934), la cual se eleva unos 300 metros sobre la llanura dentro del actual Egipto. La parte que queda al noreste tiene tres sistemas principales de valle, los cuales están separados en la mitad sur-este por una gran brecha, Aqaba. A 50 kilómetros de este paso sobresale un pequeño promontorio donde se ubica uno de los lugares más importantes de arte rupestre del Sahara: Wadi Sura.²

2. Sin embargo, hay otros lugares dispersos que albergan más pinturas y grabados rupestres como Wadi Hamra. Allí, Giancarlo Negro y su equipo descubrieron motivos iconográficos de fauna salvaje indicando tal vez una posible fase más temprana de este arte rupestre (Gauthier *et al.*, 1999).

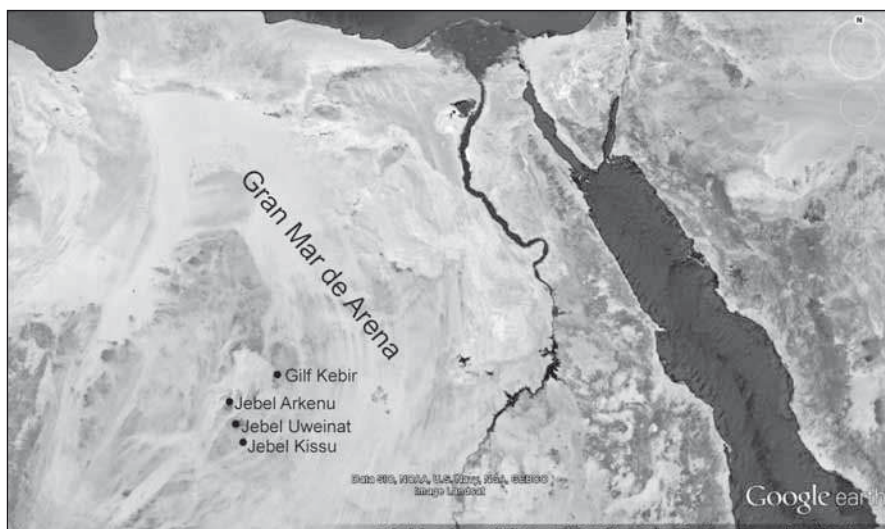


FIGURA 1. Fotografía de satélite del Desierto Occidental Egipcio con algunos de sus principales accidentes geográficos. Google Earth. [Consulta: 4/10/2013, <<http://earth.google.com>>]. Modificada por Roser Marsal.

En cambio, la parte sur-oriental está definida en todos los lados por acantilados de arenisca escarpados y profundos. Su parte superior es llana aunque tiene colinas bajas de basalto así como un borde occidental con grandes acantilados. En él, hay dos grandes wadis: Wadi Wasa y Wadi Firaq. Cerca de la desembocadura de este último se encuentra un campo de aviación que fue utilizado durante la Segunda Guerra Mundial, el llamado *Eight Bells*.³ En esta zona, se han encontrado diferentes evidencias arqueológicas, las más importantes en el Wadi Bakht (Linstädter *et al.*, 2004) y el Wadi Ard Al Akhdar (Schön, 1994).⁴

Al sur de esta meseta, se encuentran los macizos de Jebel Arkenu, Jebel Uweinat y Jebel Kissu. Todos ellos están formados por anillos de granito, destacando el Jebel Uweinat, el punto más alto del Desierto Líbico con casi 2000 metros de altura. El Jebel Uweinat está formado tanto de granito como de piedra arenisca y se reparte entre Libia, Egipto y Sudán (Fig. 2). En este

3. Véase la página web: <<http://www.fjexpeditions.com/frameset/convoys.htm>> [Consulta: Mayo 2014].

4. El primero de estos wadis fue descubierto por Bagnold y su equipo en el año 1938, y el segundo fue inspeccionado tanto por W. B. Kennedy Shaw en el año 1935 (Shaw, 1936; Shaw *et al.*, 1936) como por Bagnold en el 1938 (Bagnold *et al.*, 1939: 291-293).

macizo se pueden distinguir dos zonas. Por un lado la parte occidental, situada en Libia, es un complejo de granito muy erosionado por la actividad eólica. Diversos refugios creados bajo las enormes rocas de granito de la parte más occidental contienen numerosas evidencias de arte rupestre, destacando Ain Doua (Caporiacco *et al.*, 1934). Por otro lado, la parte oriental está compuesta por un gran bloque de arenisca del Paleozoico. En esta zona existe un gran sistema de wadis que se funden en Karkur Talh. Un valle inferior, Karkur Murr,⁵ drena las estribaciones orientales del sur (Sandford, 1935: 416). Ambos valles contienen una de las concentraciones más ricas de arte rupestre en todo el Sahara y en ellos vivían los Tibou hasta la llegada de los primeros exploradores occidentales (Peel, 1942).

El Jebel Arkenu es una pequeña copia del Jebel Uweinat, situada a escasos 25 kilómetros al oeste de éste, explorado por primera vez gracias a la expedición de la Real Academia Británica de Sandhurst en 1962 (Williams *et al.*, 1965). Al norte del Jebel Arkenu se encuentra el Jebel Kissu, que sigue los mismos parámetros que el Jebel Uweinat y el Jebel Arkenu pero de dimensiones más reducidas.

Entre la llanura del Jebel Uweinat, el macizo más meridional del Desierto Líbico, y el Gilf Kebir, se levantan los conocidos como Cráteres de Clayton (Sandford, 1933).⁶ Su nombre se debe a su descubrimiento por una expedición de Patrick A. Clayton y Lázlo Almásy en avioneta en el 1932 (Clayton, 1933). Al noreste de esa zona existe otra gran meseta donde se han hallado evidencias de actividades antrópicas prehistóricas. Destacan los círculos de piedra hallados (Riemer, 2004) así como los grabados rupestres.

No podemos describir el Desierto Occidental Egipto sin mencionar la gran extensión de dunas de arena que se fusiona con el mar de Calanascio y el de Rebiana. El conocido como Gran Mar de Arena es la segunda área cubierta de arena continua más grande de la Tierra (Besler, 2008). Clayton fue el primero de los exploradores occidentales en atravesarlo de oeste a este en 1932, y Ralph Alger Bagnold se maravilló de este paisaje escribiendo un libro con el objetivo de estudiar la arena y el viento: *The Physics of Sand and Desert Dunes* (1941).⁷ Pero el Gran Mar de Arena no sólo ha despertado un gran interés por su grandiosidad sino que en él se han hallado evidencias de dife-

5. Véase Sanford 1935, donde el autor hace una síntesis de los recursos hídricos disponibles en parte del Desierto Líbico.

6. Aunque el primer estudio realizado por Kenneth S. Sandford en 1933 concluyó que se trataba de antiguos cráteres de explosión volcánica, todavía no se ha hallado una explicación definitiva para su formación.

7. Los estudios de dunas de Bagnold aún son de referencia. El libro publicado en 1941 ha sido reeditado en el 2005 por la editorial Dover en Nueva York.

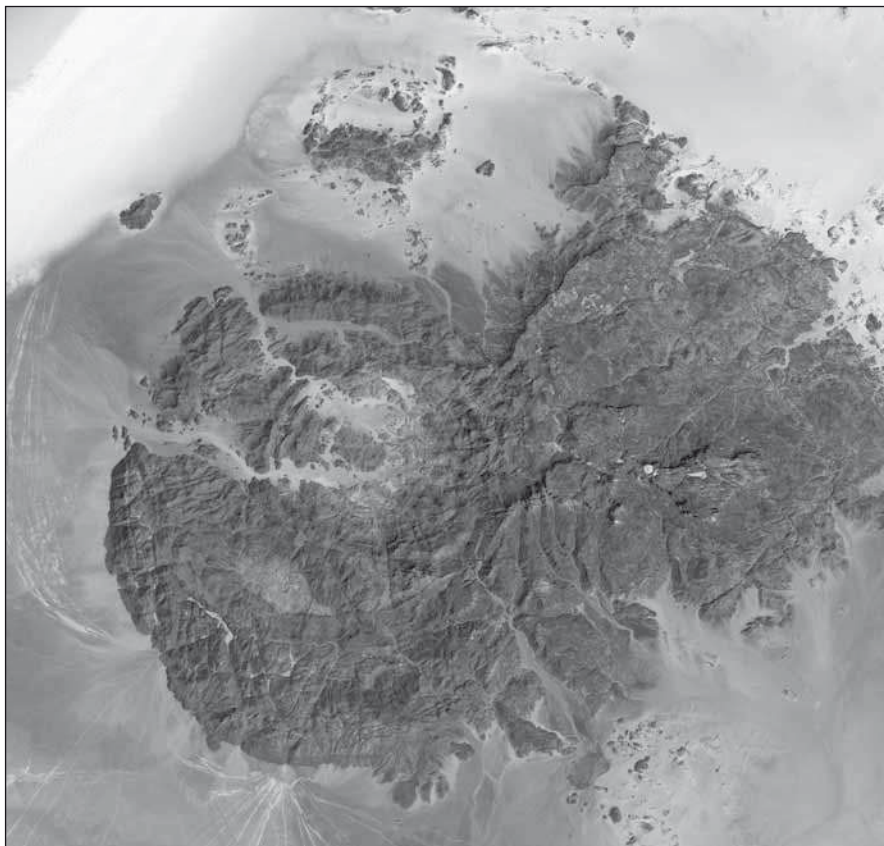


FIGURA 2. Fotografía de satélite del Jebel Uweinat. NASA/GSFC/METI/Japan Space Systems and U.S./Japan ASTER Science Team. [Consulta: 19/09/2014, <<http://asterweb.jpl.nasa.gov/gallery-detail.asp?name=uweinat>>].

rentes periodos de la Historia; de bancos miocenos y de sedimentos marinos con fósiles de cetáceos y dientes de tiburones, a los restos que dejó el paso de la ruta de la *Long Range Desert Group* (LRDG) «Grupo del Desierto de Largo Alcance», en plena Segunda Guerra Mundial (Bagnold, 1945; Shaw, 1945).

Además, al sur de esta vasta extensión de arena existe un mineral, el cristal de sílice,⁸ el cual podría ser el resultado de un impacto de un cometa o meteorito, hallado por Clayton en 1932.⁹

8. Éste se denomina bajo las siglas LDG (*Lybian Desert Glass*).

9. Este tema suscitó un gran interés en el sí de la comunidad científica y se organizó en el año 1997 en Bolonia un encuentro de especialistas sobre esta temática (De Michele, 1997).

Finalmente, el último de los accidentes geográficos que destacan es la gran caldera volcánica rellena de arena, el Wau Namus, ubicada en la frontera entre el Fezzan y la llanura norte de las montañas del Tibesti (Desio, 1934-1939).

CONDICIONES PALEOCLIMÁTICAS DEL DESIERTO LÍBICO: EL PAISAJE NEOLÍTICO Y EL PAISAJE ACTUAL

El desierto del Sahara que nosotros conocemos no siempre tuvo las mismas condiciones de aridez que en la actualidad. Hubo un tiempo en que sus condiciones ecológicas eran parecidas a las sabanas del África subsahariana actual (Butzer, 1997; Bubenzer *et al.*, 2007).

Gracias a los estudios geológicos realizados en el Desierto Occidental Egipcio, sabemos que este desierto es uno de los más áridos de la Tierra con una precipitación de menos de 5 mm al año (Bubenzer *et al.*, 2007: 607). Estudios de cerca de 500 muestras de C^{14} demuestran que la fase Holocena Húmeda (Óptico Climático del Holoceno) se produjo entre el 9500-6000 BP, después de una fase hiper-árida del Pleistoceno. Esto se sabe por los depósitos lacustres de Egipto y el Norte de Sudán, puesto que concuerda con los datos obtenidos por C^{14} de los yacimientos del Desierto Líbico realizados en Regenfild, Mudpan o Djara (Bubenzer *et al.*, 2007: 612-616). Gracias a historio-gramas de C^{14} , sabemos que el inicio de sequedad se produjo hacia el 6300 BP, aunque en zonas con mejores condiciones climáticas como Nabta Playa, Kiseiba o Gilf Kebir fue posterior (Bubenzer *et al.*, 2007: 616-618).

Estudios arqueobotánicos y zooarqueológicos (Peters, 1987), así como las interpretaciones que se derivan de los estudios iconográficos del arte rupestre (Le Quellec, 1993), intentan restablecer el paisaje en el que este territorio fue ampliamente ocupado. Además, son también de interés algunos trabajos sobre la disminución de algunas especies que actualmente sólo se encuentran en esta área del desierto, como el carnero de berbería (*Ammotragus lervia*).¹⁰ Éste se encuentra considerablemente documentado por los primeros exploradores occidentales pero con el paso de los años se ha convertido en una especie en peligro de extinción (Manlius *et al.*, 2003).

Para entender las ocupaciones del Desierto Líbico hay que tener presente las cambiantes condiciones climáticas; las precipitaciones, la disponibilidad de agua superficial, la vegetación y la vida animal (Bubenzer *et al.*, 2007:

10. En este caso, se documenta solamente en el extremo sureste (Jebel Elba) y el sudoeste (Jebel Uweinat y Gilf Kebir) (Manlius *et al.*, 2013: 403).

609-611). Las aguas superficiales, los sistemas de drenaje y pozas de agua son los factores clave para comprender el grado de adaptación y las estrategias de movilidad que tenían estas poblaciones.

Estudios cartográficos, geomorfológicos, prospecciones de campo y el uso de imágenes de satélite han revelado que el Sahara oriental contenía cientos de lagos y cursos de agua permanente alimentados por las lluvias. La disponibilidad hídrica permitió la existencia de una fauna y una flora variadas. Tal riqueza de recursos facilitaba el desplazamiento de los grupos humanos desde el Nilo hasta las estribaciones de Ennedi, en el Chad actual. El descubrimiento de la compleja cultura de Nabta Playa (Wendorf *et al.*, 1998) junto con la distribución de instrumentos líticos y de ciertas producciones cerámicas, como los denominados *Clayton Rings* (Riemer *et al.*, 2000), las ruedas de tipo Gilf o los vasos altos calciformes constatan la presencia humana en estas regiones (Riemer, 2009). A partir del 5000 BP, la aridificación del Sahara así como la escasez de recursos hídricos provocaron el desplazamiento de las poblaciones pastoriles a otras zonas con condiciones climatológicas más favorables.

Desde 1995, el grupo de investigación *Arid Climate, Adaptation and Cultural Innovation in Africa* (ACACIA) se dedica a la interpretación de la interacción del cambio medioambiental del Holoceno con el desarrollo cultural y la adaptación que se produjo en este desierto. De esta manera se puede reconstruir, ampliando los estudios con las evidencias arqueológicas de la cultura material, tanto la historia climática como cultural de los últimos 12.000 años en este área del planeta.¹¹

ENTRE EL PARAÍSO PERDIDO Y EL ROMANTICISMO: LA BÚSQUEDA DEL OASIS DE ZERZURA

La indagación de un supuesto paraíso lleno manantiales y grandiosos palmerales, denominado Zerzura (Johnson Pasha, 1930; Beadnell, 1931; Wingate, 1934) fue el principal objetivo de los primeros exploradores del Desierto Occidental Egipcio. Las referencias a este oasis perdido en medio del desierto se remontan a los manuscritos del siglo XIII del administrador regional del Fayum Osman al-Nabulsi. Posteriormente, en el siglo XV apareció otro documento llamado *Kitab al-Kanuz* (Libro de las Perlas Ocultas), que, a modo de guía medieval de cazatesoros, nos describe la mítica ciudad llena de riquezas (Johnson Pasha, 1930: 59).

11. Véase la página web del proyecto: <<http://www.uni-koeln.de/sfb389/>> [Consulta: Abril 2014].

Sin embargo, el primer occidental y egiptólogo en hablarnos sobre Zerzura fue John Gardner J. Wilkinson el cual había oído hablar del mítico oasis a través de los nativos:

«About five or six days west of the road to Faráfreh is another Oasis, called Wadee Zerzóra, about the size of the Oasis Parva, abounding in palms, with springs, and some ruins of uncertain date. It was discovered about nine years ago by an Arab in search of a stray camel, and from the footsteps of men and sheep he there met with, they conclude it is inhabited» (Wilkinson, 1835: 358-359).

Recientes estudios en las áreas circundantes al valle del Nilo, así como en sus oasis, nos permiten documentar que toda esta área estuvo habitada desde tiempos prehistóricos, y fue una zona visitada por los habitantes de la civilización egipcia durante toda su historia. Conocemos la existencia de rutas que permitían la movilidad de estas poblaciones. Una de las más importantes fue la de Darb el-Arbain,¹² quizá una de las rutas comerciales principales, que cruzaba el Desierto Occidental de Egipto (Shaw, 1929).

Sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX, el Desierto Líbico todavía era uno de los puntos en blanco en la cartografía, pues su exploración estaba limitada a la resistencia de los camellos, ya que estos no pueden realizar más de 300 kilómetros sin pozos de agua.

Pero la curiosidad y el anhelo de llegar a Zerzura llevaron entre 1873-1874 al alemán F. Gerhard Rohlfs a emprender un largo viaje a través de este desierto. Rohlfs partió del oasis de Dakhla con una caravana de camellos con el objetivo de llegar a Kufra. Sin embargo, a medio camino fueron sorprendidos por una gran tormenta, así como por la gran altitud de las dunas, y tuvieron que regresar (Rohlfs, 1875: 165). El punto de inflexión fue llamado Regenfeld, donde se construyó un montículo de piedras, junto con una nota que atestiguaba su llegada el 5 de febrero de 1874. Rohlfs realizaría su objetivo pocos años después, en 1879, como el primer europeo en llegar a Kufra. No tuvo una gran recepción a su llegada. Como nos narra posteriormente el inglés William J. Harding King, esto se debía a que la hostilidad de los Senussi era notoria con los primeros occidentales. Harding King realizó entre 1902 y 1912 diferentes viajes en camello desde los oasis de Dakhla y Farafra (Harding King, 1913a). Destaca en sus escritos que un nativo de Surk (Kufra), miembro de los Senussi, manipuló los suministros de agua (Harding King, 1913b). Las duras condiciones del desierto y la hostilidad de los Senussi, provocó que no pudiera adentrarse más. Sin embargo, a este explorador debemos

12. Ruta conocida como la de los 40 días, puesto que eran los días que se necesitaban para llevarla a cabo. Sobre todo se realizaban caravanas de esclavos.

uno de los mapas más precisos del Desierto Líbico basado en la información obtenida de los nativos (Harding King, 1913b).

A pesar de sus diferentes publicaciones en la revista *The Geographical Journal* y la publicación de un libro (Harding King, 1925), llama mucho la atención la correspondencia que mantuvo Harding King con el geógrafo alemán Paul Borchardt, el cual se incorporó en el 1929 al debate sobre la localización de Zerkura (Harding King, 1928 y 1930). Dos de las cartas de Harding King están fechadas en el 1913, y son las respuestas a las cartas escritas por Borchardt relacionadas con la idea de atravesar el Desierto Líbico de norte a sur a través de Kufra. Borchardt le escribe y avisa sobre el presunto fanatismo de los Senussi:

*Kufra—as you probably know—is or was till quite recently the headquarters of the Senussi Sect. They are always fanatical, and at present are especially so, owing to the conquest of Tripoli. I do not know of any merchant who would let you join his Caravan to Borku. All the traders who use the route through Kufra must be either Senussis or friendly to the Sect, so I would not trust any of them on that journey.*¹³

Pocos años después, Ahmed M. Hassanein Bey, un cortesano egipcio educado en Oxford, muy influyente en la política egipcia, realizó entre el 1920-1921, un viaje a Kufra junto a la escritora Rosita Forbes (Hassanein Bey, 1924b: 273-274). Forbes, la cual tuvo que disfrazarse de beduina, fue la primera mujer occidental en llegar a Kufra (Forbes, 1921).

Posteriormente, en otoño de 1923, Hassanein Bey emprendió un viaje con una larga caravana de camellos desde Sollum a El Fasher (Fig. 3). Fue el primero en descubrir el macizo de Jebel Uweinat y de Jebel Arkenu (Hassanein Bey, 1924a). A diferencia de los exploradores europeos, el egipcio Hassanein Bey tenía permiso de los Senussi, ya que era musulmán:

Now, who are the outsiders who come to their country? They are European explorers—Christians. Therefore, no Christians are permitted to enter. Explorers had been forbidden to go into the interior, and with the exception of the German scientist Rohlf, who in 1879 boldly ventured to Kufra but escaped with little more than his life, this prohibition had been effective. But when I, a Moslem, the son of a religious man and a friend of their head man, arrived, they scratched their heads. Here was a foreigner whom they did not want, but they could not convict him on religious grounds. I had to be tolerated, temporarily at any rate (Hassanein Bey, 1924a: 265).

13. El contenido de la carta está extraído de la página web <<http://www.fjexpeditions.com/frameset/borchardt.htm>> [Consulta: Marzo 2014].

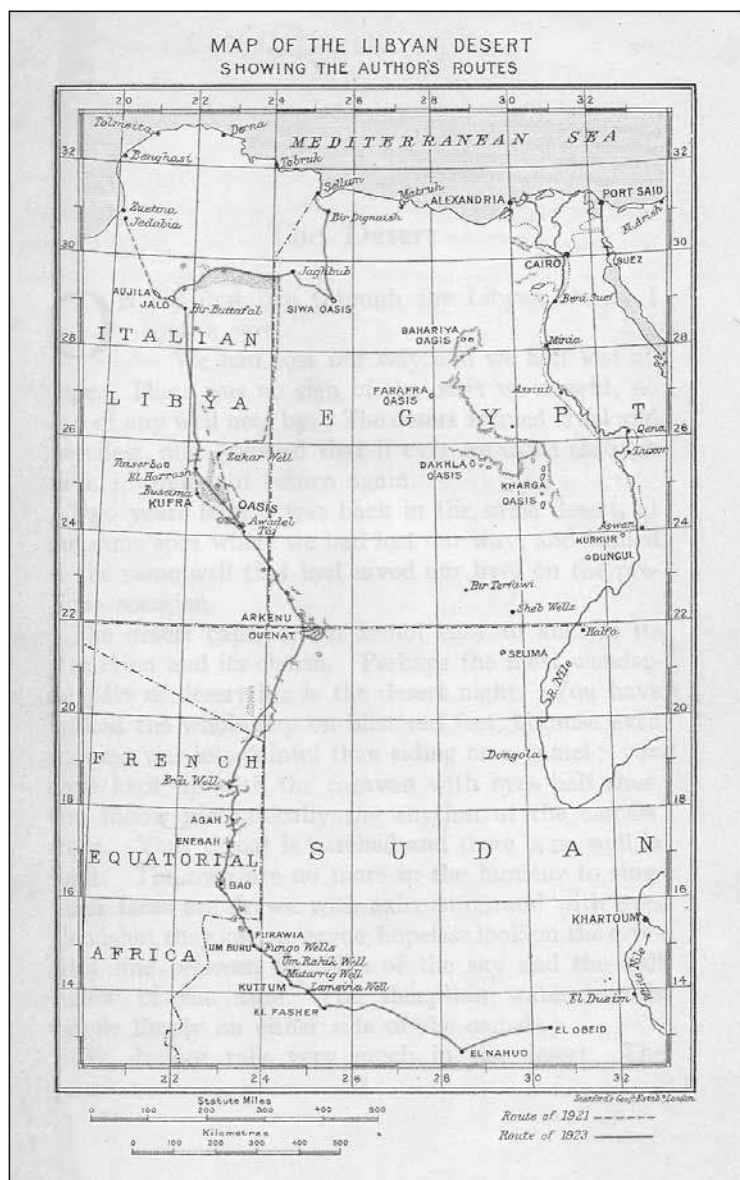


FIGURA 3. Mapa de las dos rutas que realizó A. M. Hassanein Bey en 1921 y 1923. En <http://www.mikaelstrandberg.com/2013/12/01/sir-ahmed-mohammed-hassanein-judging-the-rewards-of-failure-by-cuchullaine-oreilly/>. [Consulta: 19/09/2014]. Mapa original extraído de A. M. Hassanein Bey en *The Lost Oases* (1925: 9).



FIGURA 4. Grabados rupestres en Jebel Uweinat hallados por Hassanein Bey durante su travesía de Kufra a Darfur en 1923. En <<http://saharasafaris.org/hassaneinbey/index.htm>>. [Consulta: 20/04/2014].

Además del descubrimiento de ambos macizos, Hassanein Bey localizó los pozos de Bir-Murr y Ain Doua, y fue el primero en informar sobre los grabados rupestres en Karkur Talh (Hassanein Bey, 1924b: 357) (Fig. 4). Destacan algunas descripciones del arte rupestre que descubrió:

The animals are rudely drawn, but not, unskillfully carved. There are lions, giraffes, ostriches, and all kinds of gazelles, but no camels. The carvings are from a half to a quarter of an inch deep and the edges of the lines in some instances are considerably weathered. «Who made these?» I asked Malakenni, the Tebu. He expressed the belief that they were the work of the jinn. «For,» he added «what man can do these things now? What man among the present inhabitants, indeed!» (Hassanein Bey, 1924a: 276).

Finalmente, Hassanein Bey exploró las tierras altas del Ennedi y acabó en El Fasher a 1500 kilómetros al sur de Kufra (Hassanein Bey, 1924a: 273). Su método de estudio se basaba en la toma de distancias, medidas, fotos, muestras y, sobretodo, en la interacción con los nativos. En 1924 publicó en el *National Geographic* 47 fotos y un mapa (Hassanein Bey, 1924a), este último basado en técnicas de triangulación por astro-fijación (Ball, 1924: 377).

Con el paso de los años, la sofisticación tecnológica permitió a los exploradores adentrarse en el desierto en automóvil, un gran paso para la exploración

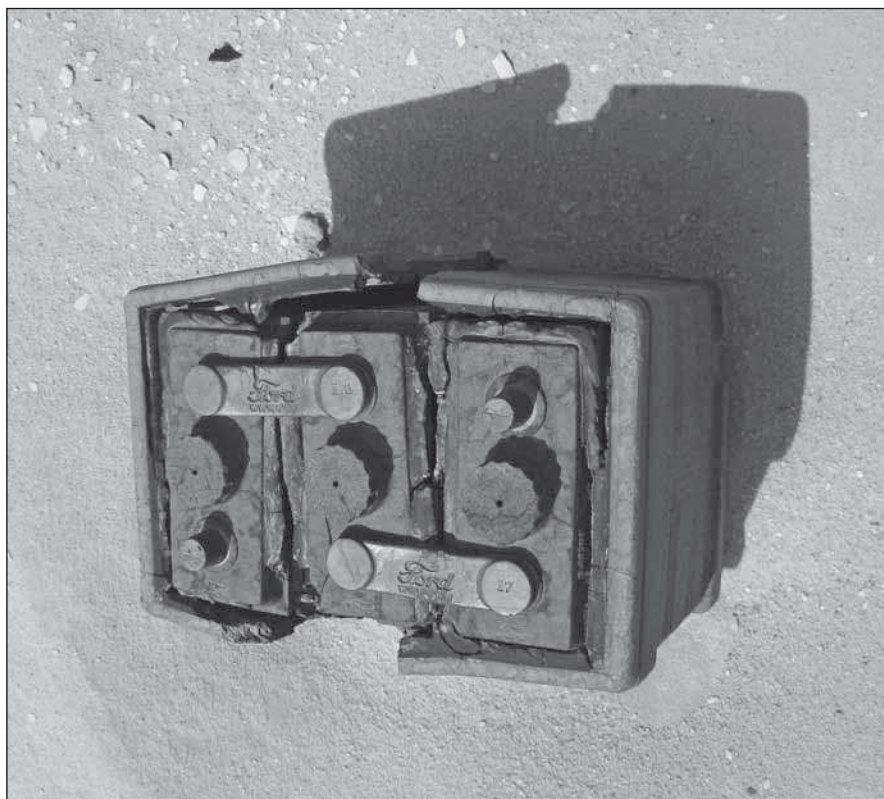


FIGURA 5. Batería de un coche *Ford* de la época. Hallado cerca del Gilf Kebir. Foto de Rocío Da Riva.

de todo este vasto territorio. El primero en llegar al Jebel Uweinat en vehículos semiorugas *Citroën* y *Ford* (Fig. 5) fue Hussein Kemal el Din (Ball, 1927). Éste partió desde el oasis Dakhla y fue el que dio el nombre de Gilf Kebir (la «Gran Barrera») a este gran macizo del interior del desierto. Redescubrió Regenfeld en 1924 y en el viaje de Kharga al Jebel Uweinat acompañado de John Ball, siguió hasta Ennedi y descubrió el oasis de Merga en el 1925. Un año después, el príncipe Kemal el Din y Ball hicieron un segundo viaje al Jebel Uweinat pasando esta vez por Abu Ballas (Ball, 1928; Förster *et al.*, 2003).

Otro hallazgo destacado en la década de los años veinte del siglo xx fue el que tuvo lugar entre noviembre y diciembre de 1927. Douglas Newbold y Shaw descubrieron el yacimiento de El-Obeid tras hacer un viaje de 1.000 millas a camello para explorar la parte sur del Desierto Líbico (Newbold, 1928a, 1931, 1945).

EL PUNTO DE INFLEXIÓN: HACIA EL INTERÉS CIENTÍFICO

Entre la década de los años veinte y treinta del siglo pasado, el Desierto Occidental Egipto fue visitado por muchísimos exploradores, permitiendo un mapeo sistemático del mismo. Aunque el sueño de alcanzar y descubrir míticos lugares estaba todavía presente en la mente de estos exploradores, es cierto que a partir de relevantes descubrimientos, se incrementó el interés científico en este territorio.

El personaje que encarna Ralph Fiennes en el famoso film «*El paciente inglés*» dirigido por Anthony Minghella (1996) fue un húngaro de familia noble aunque sin título llamado Almásy.¹⁴ Almásy, sin apenas darse cuenta, fue el que junto con otros exploradores de su generación, hallaron los tres valles que según ellos correspondían con el oasis de Zerzura. Es importante tener en cuenta algunas consideraciones de su biografía (Bierman, 2004), pues toda su carrera se vio truncada con su participación en la Segunda Guerra Mundial. Nacido en Boros (actualmente Bernstein, en Burgenland, Austria) en 1895, estudió en Eastbourne (Inglaterra), donde recibió su primera licencia como piloto. Durante la Primera Guerra Mundial, sirvió en las fuerzas aéreas del Imperio Austrohúngaro. En 1926, Almásy, como representante de la marca de automóviles austriacos *Steyr Automobilewerke*, realizó un test de resistencia de dichos vehículos completando la distancia que separa Alejandría de Sudán. Como experto en ensayos automovilísticos en el desierto, impulsó en el año 1929 un viaje desde el Wadi Halfa hasta el oasis de Selima, atravesando parte del Darb el-Arbain hasta Kharga. Un año después, realizó esos ensayos entre el Wadi Halfa y el Jebel Uweinat (Almásy, 1930). En sus diferentes expediciones, Almásy y su equipo fueron los primeros en examinar en el 1932 la parte occidental del Gilf Kebir, topografiando la zona en una avioneta tipo *Gypsy Moth*. Almásy y su equipo vislumbraron por primera vez desde el aire el Wadi Hamra y el Wadi Abd el-Melik, donde posteriormente Robert Clayton East Clayton llegaría por tierra. Esta expedición organizada por Clayton East Clayton, Almásy y Hubert W. G. J. Penderel les impactó tanto que en el año 1933, Almásy repitió su aventura y descubrió los yacimientos de arte rupestre prehistórico del Jebel Uweinat (Karkur Talh y Ain Doua) y del Gilf Kebir (Wadi Sura) (Penderel, 1934) (Fig. 6).

El año 1933 (Fig. 7) fue muy productivo: entre marzo y mayo, Almásy y Penderel, junto a Richard Bermann y el fotógrafo Hans Kasparius, organizaron una expedición para explorar la parte norte del Gilf Kebir, descubriendo el paso de Aqaba. Una vez iniciado el viaje, Almásy, esperando a sus compa-

14. El film está basado en la novela del mismo título de Michael Ondaatje.

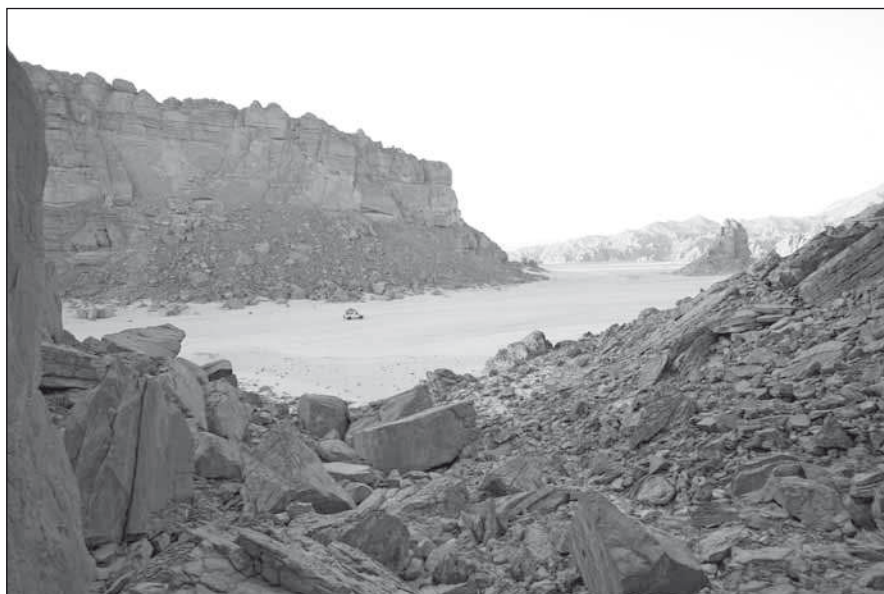


FIGURA 6. Vista de Wadi Sura, Gilf Kebir. Foto de Agustí Ensesa.

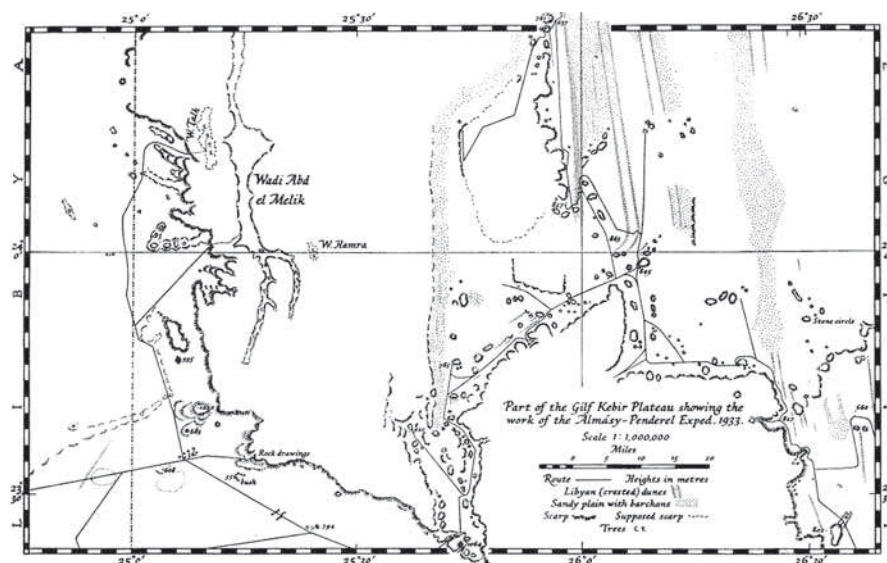


FIGURA 7. Mapa de la ruta por el Gilf Kebir durante la expedición de Penderel y Almásy en 1933. En Penderel 1934: 452.

ñeros en Abu Ballas, se encontró el mojón en Regenfeld con la nota del príncipe Kemal el Din.¹⁵ Posteriormente, entre octubre y diciembre de aquel año, Almásy condujo a Leo Frobenius, Hans Rhotert y la artista Elisabeth Pauli a los yacimientos de arte rupestre, descubriendo nuevas evidencias (Rhotert, 1952).¹⁶ El hallazgo de más pinturas rupestres en esta zona todavía sigue sorprendiendo a los investigadores (Fig. 8).

Uno de los descubrimientos que causó mayor impacto fue la famosa «Cueva de los Nadadores», situada en el Wadi Sura (Bárta, 2010), al suroeste del borde occidental de la meseta del Gilf Kebir. Su entrada estaba protegida por un promontorio. En las pinturas halladas destacan unas figuras de pequeños «nadadores» (Fig. 9). Este motivo iconográfico causó una gran sensación tanto mediática como científica. Fue en este momento, junto con otras evidencias, que llevaron a la conclusión de la existencia de agua en este territorio. Su libro *Az ismeretlen Szahara «The Unknown Sahara»* publicado en Budapest en el año 1935 hace referencia a esta idea.¹⁷

Sin embargo, alrededor del Wadi Sura hay muchos más yacimientos de arte rupestre como la «roca de la jirafa» descubierta por Clayton en 1931. En los últimos años el número de hallazgos se ha multiplicado, sobre todo gracias a los descubrimientos de Negro, Yves Gauthier y Werner Lenz, entre otros (Gauthier *et al.*, 1999) y los estudios iconográficos realizados sobre todo por Jean-Louis Le-Quellec (Le-Quellec, 1993). Estas pinturas se ha estimado que tienen una cronología que va desde el Paleolítico Superior hasta la fase camélida, en torno al 100 a.C. Recientes estudios sobre el arte rupestre sahariano han determinado, debido a las superposiciones y la erosión relativa, que existen diferentes culturas que fueron reemplazadas por una cultura homogénea de pastores (Zboray, 2012). Aunque Hans Winkler fue el primero en publicar una monografía (Winkler, 1939) sobre el arte rupestre de la zona, Rhotert, que acompañó a la expedición del 1933 de Almásy y Frobenius, fue el primero que realizó un estudio científico minucioso y sistemático de este arte, que no se publicaría hasta el 1952 (Rhotert, 1952). A día de hoy, aunque

15. Almásy aprovechó este viaje para erigir un monumento en el extremo sur del Gilf Kebir conmemorando al príncipe Kemal el Din, su patrón desde hacía muchos años, el cual falleció poco antes de su viaje. Véase Almasy, 1936. Algunas fotografías del monumento se pueden consultar en la página web Fliegel Jezernickzky: <<http://www.fjexpeditions.com/frameset/expeditions.htm>> [Consulta: Marzo 2013].

16. En el archivo del *Frobenius Institut* se pueden ver muchas fotografías de esta expedición. Véase la página web: <<http://www.frobenius-institut.de/index.php/de/>> [Consulta: Septiembre 2014].

17. En este libro Almásy describe sus exploraciones por el Desierto Líbico entre 1929 y 1934. Sin embargo, su obra publicada en Viena en 1997 bajo el nombre *Schwimmer in der Wüste: Auf der Suche nach der Oase Zarzura*, amplía el contenido de esta obra.



FIGURA 8. Pintura rupestre de dos manos en negativo. Descubierta por Werner Lenz y su equipo en el año 2001, cerca de Wadi Sura. Foto de Agustí Ensesa.

existen numerosos estudios de arte rupestre sahariano, sólo se ha podido datar a través de cronologías relativas (Berger, 2000; Zboray, 2012). Sin embargo, hay nuevas iniciativas y nuevos métodos de datación directos e indirectos que se están realizando en algunos yacimientos del Sahara.¹⁸

Conjuntamente con Almásy, Bagnold tuvo un papel fundamental en el paso de una visión romántica del Desierto Occidental Egipcio a una visión más científica del mismo. Nacido en Devonport (Inglaterra, 1896), había leído el «Oasis perdido» de Hassanein Bey e hizo una expedición en 1929 (Bagnold, 1931: 19) con un modelo *Ford A* y dos camiones *Ford* para explorar la franja del desierto de El Cairo a Ain Dalla, donde supuestamente tenía que encontrarse la mítica ciudad de Zerzura. Bagnold, además fue pionero por sentar las bases para la investigación de los efectos del viento sobre el transporte en la arena (Bagnold, 1941).

18. En el Coloquio Internacional «The Signs of Which Times? Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa», celebrado en Bruselas del 3 al 5 de Junio de 2010, un equipo argelino-francés expuso algunos resultados surgidos a raíz de su proyecto de datación directa e indirecta del arte rupestre sahariano. Se centraron en el yacimiento de Tasili-n-Ajjer Véase Hachid *et al.*, 2010.

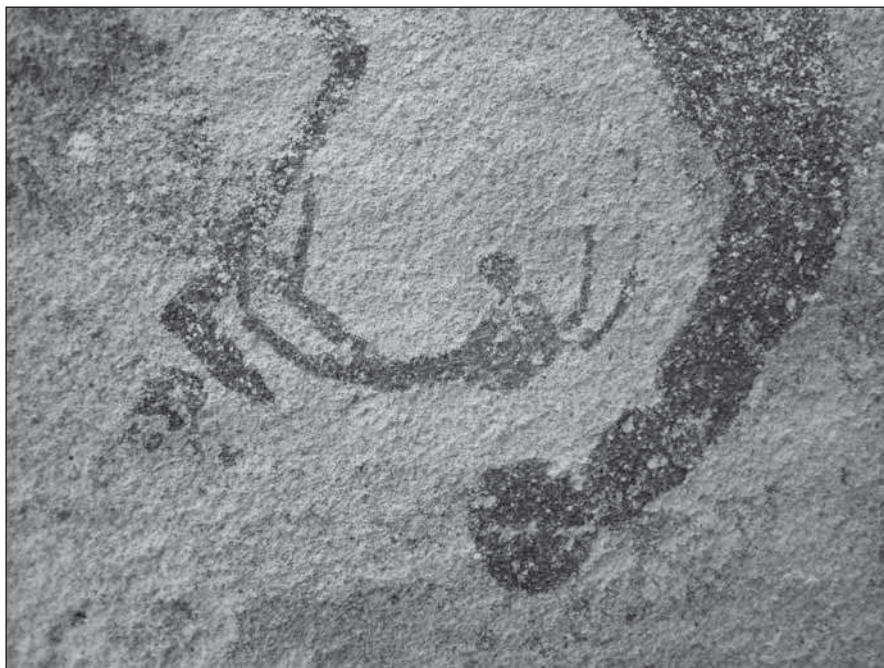


FIGURA 9. Pintura rupestre de un nadador. Cueva de los Nadadores (Wadi Sura). Foto de Rocío Da Riva.

Entre octubre y noviembre del 1932, Bagnold, Hugh Boustead, Donald Paterson y Shaw fueron los primeros en explorar el Jebel Kissu y la colina de Yerghueda, donde hallaron muchísimas evidencias de arte rupestre, así como círculos de piedra. En su viaje de regreso exploraron partes del desierto de Libia al sur a lo largo del Darb el-Arbain hasta el oasis de Selima y el Wadi Halfa (Bagnold, 1933).

Entre febrero y marzo del 1938, Bagnold y la *Royal Geographical Society* organizaron una expedición científica al Gilf Kebir y Jebel Uweinat (Bagnold *et al.*, 1939). Winkler evidenció más arte rupestre en Karkur Talh, y por primera vez, un arqueólogo, Oliver Myers, excavó dos yacimientos neolíticos en el lecho de un lago seco en el Gilf Kebir: Wadi Bakht y Ard al Akhdar (Kröpelin, 1987; Schön, 1994). Sin embargo, no se realizó un estudio sistemático en esta zona hasta mediados del año 1989. El autor de estos estudios publicados es Werner Schön, el cual trabajó bajo las directrices del Instituto Heinrich Barth (Schön, 1989, 1994).

Almásy y Bagnold, por tanto, como pioneros del uso de vehículos de motor para la exploración del desierto, generalizaron las expediciones, esta vez con

el objetivo no sólo de encontrar legendarios oasis sino de aportar nuevos conocimientos a unas evidencias neolíticas cuya importancia no dejaba dudas.

LA EXPERIENCIA EN EL DESIERTO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: ALMÁSY Y BAGNOLD

Como hemos visto, a mediados de la década de los treinta, el Desierto Líbico había sido cartografiado y parcialmente explorado. En la parte más occidental del Desierto Líbico, Italia ocupó en el 1931 Kufra, el último reducto de los Senussi, extendiendo su influencia por el Norte de África. Fue con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, una década después, cuando este territorio sirvió como lugar para diversas operaciones logísticas británicas.

A lo largo del desierto, todavía se pueden hallar las huellas de la guerra. Destaca el denominado *Eight Bells*, un improvisado aeródromo señalado por unos bidones de gasolina *Shell* alineados en forma de flecha (Fig. 10).¹⁹ También fue el escenario del reciente descubrimiento de una bolsa que se había perdido en la Segunda Guerra Mundial por un miembro de la LRDG, Alec Ross, que contenía cartas y fotografías personales del piloto.²⁰

Almásy regresó a Hungría en 1939 y en Budapest le ordenaron unirse a los alemanes del *Africa Korps*, pues era capitán de la Fuerza Aérea de Hungría. Su experiencia en el desierto le permitió realizar la conocida *Operación Salam* (Gross *et al.*, 2013), uno de los capítulos más controvertidos de la vida de este personaje; Almásy guió a dos agentes alemanes de Libia a Assyut (Egipto), a través del desierto. Al final de la guerra fue juzgado por el Tribunal del Pueblo en Budapest como criminal de guerra y fue absuelto por falta de pruebas. En 1947 regresó a Egipto, y de nuevo comenzó a organizar una expedición, esta vez, en busca de las evidencias arqueológicas de aquellos que constituyeron el ejército del rey persa Cambises II.²¹ Sin embargo, no pudo llevarla a cabo ya que murió de disentería en Salzburgo en 1951. Tres semanas más tarde sería nombrado Director del Instituto del Desierto de El Cairo a título póstumo (Bierman, 2004).

19. Este lugar se encuentra al sur del Gilf Kebir y a 200 kilómetros al este se encuentra otro campo de aterrizaje utilizado en este periodo en Bir Terwafi. Véase: <<http://www.fjexpeditions.com/frameset/convoys.htm>> [Consulta: Mayo 2014].

20. En la página web: <<http://www.fjexpeditions.com/frameset/alecross.htm>> [Marzo 2014], se pueden encontrar algunas fotografías y cartas personales de Ross.

21. Esta expedición la organizó debido a que Heródoto mencionó la existencia de un gran ejército persa perdido en medio del Gran Mar de Arena en el siglo V a.C. Lo cita en su libro de *Historia III*, 26.



FIGURA 10. Alineación de bidones *Shell* en forma de flecha en el improvisado aeródromo de *Eight Bells*. Foto de Rocío Da Riva.

Bagnold, por su parte, creó la LRDG.²² Cuando Italia declaró la guerra a Gran Bretaña, Bagnold se encontraba en El Cairo y pidió permiso al general Archibald P. Wavell para una exploración móvil por el desierto. Por este motivo, su unidad se convirtió en el LRDG en 1940 (Bagnold, 1945). En 1944 se retiró del ejército como brigadier. Nos ha dejado relatos como el siguiente:

Never during our peace-time travels had we imagined that war could ever reach the enormous empty solitudes of the inner desert, walled off as it has always been by sheer distance, by lack of water, and by impassable seas of huge dunes. Little did we dream that any of the special equipment and technique we had evolved for very long distance travel, and for the navigation and quick survey of unmapped desert would ever be put to serious use. And I may add, without unfair criticism, that the army authorities shared in this lack of second-sight (Bagnold, 1945: 30).

22. Ésta era una unidad del ejército británico terrestre, fundada a partir de la declaración de guerra de Italia. Para ver más sobre la LRDG véase la página web: <<http://www.lrdg.org/>>.

EL SURGIMIENTO DE UNA NUEVA LÍNEA DE INVESTIGACIÓN: EL NEOLÍTICO SAHARIANO Y LA IMPORTANCIA DEL DESIERTO EN LA EGIPTOLOGÍA

Son muchos los hallazgos realizados en esta zona tan amplia del desierto. Las misiones científicas se incrementaron sustancialmente a partir de los descubrimientos realizados por los primeros exploradores, sobre todo en cuanto al arte se refiere.

Entre enero y abril del 1935, tuvo lugar la travesía de Shaw y su equipo (Gauthier *et al.*, 1997) desde Kharga hasta alcanzar el Gifl Kebir a través de Abu Ballas. A escasos 40 kilómetros al suroeste de Wadi Bakht hallaron nuevas evidencias de arte rupestre en Magaret el-Kantara. Posteriormente, entre agosto de 1962 y septiembre de 1963, se llevó a cabo una expedición de la Real Academia Militar Británica de Sandhurst, donde se exploró el Jebel Arkenú, y se descubrieron varios yacimientos con arte rupestre ignorados por los exploradores anteriores (Williams, 1965). En enero de 1965, la *Trans Sahara Expedition*, una expedición belga del *Institut Royal des Sciences Naturelles de Belgique*,²³ asentó las bases para un amplio estudio científico que se llevó a cabo entre noviembre de 1968 y enero de 1969. En Karkur Talh, los belgas descubrieron una serie de abrigos rocosos con pinturas que se consideran de las más espectaculares del arte rupestre sahariano (van Noten *et al.*, 1978). Desde los años setenta hasta la actualidad, una expedición de expertos prehistóricos dirigida por Fred Wendorf ha realizado excavaciones en varios yacimientos prehistóricos en el sur de Egipto: Bir Sáhara, Bir Terfawi, Dunqul Oasis y Nabta Playa, éste último todavía en curso (Wendorf *et al.*, 1998).

Finalmente, desde la década de 1980, el *Heinrich Barth Institut* de la Universidad de Colonia, con el proyecto ACACIA, liderado por Rudolph Kuper, lleva a cabo estudios y excavaciones en varios yacimientos prehistóricos en el Desierto Líbico, destacando los trabajos en Abu Ballas, Wadi Hamra, Wadi Bakht, Ard el Akhdar, Jebel Kamil y Wadi Howar, entre otros. Sus trabajos siguen en curso (Kuper, 1989). El cuadro quedaría incompleto si no mencionáramos las excavaciones francesas en los oasis de Dakhla,²⁴ Bahariya y Khar-

23. El primero en realizar una travesía de oeste a este del Sahara desde Agadir a Port Sáfaga, en el plazo de dos meses (Stasse, 2011).

24. El Instituto Francés de Arqueología Oriental (IFAO) a partir de 1977 estudió y excavó la ciudad de Balat, situada en el oasis de Dakhla, fechada en la VI dinastía. Desde entonces, los estudios realizados en este yacimiento nos están revelando una parte fundamental del gobierno del estado faraónico en una zona tan alejada del valle del Nilo. Todos los trabajos realizados se pueden consultar en la página web del IFAO: <<http://www.ifao.egnet.net/archeologie/balat/>>.

ga los cuales están aportándonos una rica información sobre la presencia egipcia en lugares muy alejados del valle del Nilo (Moreno García, 2008).²⁵

Como ya hemos mencionado, algunos egiptólogos en los últimos años se han centrado en el estudio de esta gran área desértica para poder ampliar sus conocimientos sobre la antigua civilización egipcia (Förster *et al.*, 2013). Uno de los descubrimientos más importantes en este aspecto fue *Abu Ballas* (Fig. 11), realizado en el 1917 por Eric D. Moore y Ball. Este yacimiento de cerámicas forma parte de una antigua ruta caravanera realizada en asno en época faraónica (desde finales del tercer milenio a.n.e) que conecta el oasis de Dakhla con el Gifl Kebir. La ruta de Abu Ballas no sólo representa la evidencia más temprana de contactos a través del Sahara, sino que está permitiendo la comprensión del radio de alcance de los egipcios. Además, sabemos que este sendero forma parte de una ruta mucho más larga, aunque todavía no hay suficientes estudios para corroborar hacia dónde podría continuar (Förster *et al.*, 2003; Förster, 2007; Förster *et al.*, 2013). El deterioro y la disminución de cerámica en Abu Ballas es una prueba más del paso de los turistas modernos por este desierto (Fig. 12).²⁶

Recientemente se han encontrado diferentes inscripciones, como la que cita a un alto funcionario del Reino Medio llamado Mery, situada a 28 kilómetros al suroeste del oasis de Dakhla. Otro hallazgo destacado tuvo lugar en el 1998, protagonizado por los italianos Negro y Vincenzo De Michele. Dichos investigadores se dieron cuenta que el escarabajo que adorna el pectoral de Tutankhamon estaba tallado de cristal de sílice, material que sólo se encuentra en el Gran Mar de Arena, situado a varios cientos de kilómetros al oeste del valle del Nilo (De Michelle, 1998). También Carlo Bergman halló en el año 2000 inscripciones jeroglíficas en la conocida *Djededre's Water Mountain* (DWN). Estas inscripciones datan de dos expediciones llevadas a cabo durante el reinado de Khufu (IV dinastía). Otros hallazgos de los últimos años han sido el descubrimiento en el 2002 de la cueva Foggini-Mestikawi, más conocida como la Cueva de las Bestias (Kuper *et al.*, 2013). Ésta, al igual que la Cueva de los Nadadores, contiene las figuras de los supuestos nadadores, relacionados siempre con una especie de bestia cuadrúpeda sin cabeza.²⁷ Finalmente, uno de los últimos descubrimientos ha sido realizado a

25. Otro proyecto en el oasis de Dakhla es *Dakhleh Oasis Project* dirigido por Anthony J. Mills. Véase la página web del proyecto: <<http://artsonline.monash.edu.au/archaeology/excavations-in-dakhleh-oasis-egypt/>>. Los estudios en el oasis de Farafra están dirigidos por Barbara Barich de la Universidad La Sapienza de Roma.

26. Véase Kuper, 2013.

27. Sobre algunas de las hipótesis sobre los nadadores de la «Cueva de los Nadadores» y la «Cueva de las Bestias» véase Le-Quellec, 2005.



FIGURA 11. Recipientes cerámicos erosionados por el viento descubiertos en 1917 por el Dr. Ball al sur de la «Pottery Hill». En Ball 1927: 126.

finales del año 2008 por Mark Borda y Mahmoud Marei. Ambos hallaron una inscripción de Mentuhotep II (dinastía XI), en la cara vertical de una gran roca en el Jebel Uweinat, donde se menciona a este faraón junto a los nombres de Yam y Tekhebet (Borda, 2008: 147-148; Clayton *et al.*, 2008).

Todavía son muchos los que encarnan la pasión de los primeros exploradores por el desierto, como el propio Carlo Bergmann. Abandonó su carrera como economista para explorar el Desierto Occidental Egipcio. Desde entonces, pacientemente, ha ido recorriendo año tras año el Desierto Líbico y dando cuenta puntualmente de los hallazgos realizados.²⁸

CONCLUSIONES

Con los objetivos fijados en alcanzar una legendaria ciudad perdida, los primeros exploradores occidentales se adentraron en el Desierto Occidental

28. Muchos de los hallazgos que realiza los publica en su página web: <<http://www.carlo-bergmann.de/>> [Consulta: Enero 2014].



FIGURA 12. Cerámicas dispersas y fragmentadas de Abu Ballas. Foto de Rocío Da Riva.

Egipto en el último tercio del siglo XIX. Utilizando caravanas de camellos como transporte, con recursos y un rango de acción limitados, así como el temor por irrumpir en lo desconocido, estos pioneros se encontraron con imprevistos meteorológicos, la inexperiencia en un territorio tan inhóspito y la hostilidad de los nativos que todavía habitaban esos territorios. El problema religioso fue el mayor impedimento para acceder a ciudades como Kufra, protegida por los Senussi. Sin embargo, poco a poco esa hostilidad fue mermando hasta que, finalmente, muchos de los exploradores nos narran parte de sus descubrimientos gracias a la ayuda de los nativos que vivían allí.

El objetivo de las primeras expediciones era modesto: localizar y posteriormente visitar los yacimientos ya registrados por anteriores exploradores. Debido al contexto de la Segunda Guerra Mundial, en la década de los años treinta, alemanes, ingleses, egipcios, húngaros, entre otros, quisieron ser partícipes de la exploración de este desierto. El desierto era una encrucijada de intereses políticos y geoestratégicos.

Poco a poco, los hallazgos fueron cobrando importancia, pues ya no sólo se descubrían nuevos paisajes, macizos y valles desconocidos, sino la presencia de actividades antrópicas que escapaban a la comprensión de los primeros que las hallaron. Cabe recordar que la comprensión del Neolítico se entendía en un primer momento como parte de la neolitización del Próximo Oriente. Todas las referencias neolíticas, por tanto, eran comprendidas como una difusión de ésta. Pero, con el paso de los años y el incremento de los estudios en la zona del Norte de África, se ha evidenciado un foco Neolítico Sahariano, surgido de un sustrato cultural autóctono. En los últimos años, algunos egiptólogos se han basado en esta teoría para realizar diferentes estudios de los orígenes de la cultura egipcia (Kuper, 2002; Le Quellec, 2005; Bárta, 2010).

A partir del descubrimiento de Hassanein Bey en el 1923 de las primeras evidencias de arte rupestre sahariano, el interés científico aumentó considerablemente. Aunque los hallazgos de Almásy fueron en primera instancia más bien mediáticos y suscitaron muchísimo debate entre los académicos, es cierto que, a partir de sus hallazgos, el estudio del Neolítico Sahariano cobró una importancia real. Además, con el avance tecnológico, los problemas logísticos se fueron superando y se pudieron sistematizar algunos tipos de registro y de métodos para proceder a la recuperación y al estudio de los materiales hallados.

Desde los últimos años, el Desierto Occidental Egipcio es un lugar que suscita un notable interés científico, estimulado por diferentes grupos de investigación, sobre todo en los oasis, destacando el ya mencionado proyecto multidisciplinar alemán ACACIA. Gracias a sus aportaciones desde diferentes ámbitos científicos se están realizando estudios realmente novedosos que pueden arrojar luz a un periodo fundamental de la Historia, como es el Neolítico. De esta manera, se intentan comprender las características de un territorio tan extenso y la relación que los habitantes que lo ocupaban tenían con él. Aunque hoy en día ya no se puede viajar a esta región por problemas políticos, el Desierto Líbico estuvo de moda hasta hace pocos años. Son notables las huellas de los turistas modernos, tanto por la presencia de objetos abandonados por el desierto, los grafiti en las rocas y también por la disminución de fragmentos cerámicos de yacimientos como Abu Ballas, que los turistas se adueñan para decorar sus hogares. La preservación de este patrimonio está en nuestras manos (Kuper *et al.*, 2013), y las futuras investigaciones serán las

encargadas de desvelarnos una parte de la historia del Sahara y de la civilización egipcia que todavía subyace bajo la arena del desierto.

Estamos frente a una revalorización del papel de esta recóndita región descuidada por los egiptólogos, pues como bien cita Miroslav Bárta:

«Herodotus, we are now perfectly right to say that Egypt was not only the gift of the Nile, but also the gift of the Desert» (Bárta, 2010: 103).

BIBLIOGRAFÍA

- Almásy, L. (1930), «By Motor Car from Wadi Halfa to Cairo», *Sudan Notes & Records* 13, pp. 269-278.
- (1936), *Récents Explorations dans le Desert Libyque*, El Cairo.
- (1939), *Nadadores en el Desierto: a la búsqueda del oasis de Zerzura*, Barcelona.
- Bagnold, R. A. (1931), «Journeys in the Libyan Desert 1929 and 1930», *The Geographical Journal* 78, pp. 13-39.
- (1933), «A further journey through the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 82, pp. 103-129.
- (1937), «The last of the Zerzura legend», *The Geographical Journal* 89, pp. 265-268.
- (1941), *The Physics of Blown Sand and Desert Dunes*, Londres.
- (1945), «Early Days of the Long Range Desert Group», *The Geographical Journal* 105, pp. 30-46.
- Bagnold, R. A. y O. H. Myers, *et al.* (1939), «An Expedition to the Gilf Kebir and Uweinat», *The Geographical Journal* 93, pp. 281-313.
- Bagnold, R. A. y K. S. Sandford (1933), «Past climate and early man in the southern Libyan desert», *The Geographical Journal* 82, pp. 219-222.
- Ball, J. (1924), «Note on the cartographical results of Hassanien Bey's Journey», *The Geographical Journal* 64, pp. 367-388.
- (1927), «Problems of the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 70, pp. 21-38 y 105-128.
- (1928), «Remarks on «Lost» Oases of the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 72, pp. 244-249.
- Bárta, M. (2010), *Swimmers in the Sand*, Praga.
- Beadnell, H. J. L. (1931), «Zerzura», *The Geographical Journal* 77, pp. 245-250.
- Berger, F. (2000), «Comment on the chronology of rock art in Jebel Uweinat and Gilf Kebir», *Sahara* 12, pp. 181-182.
- Besler, H. (2008), *The Great Sand Sea in Egypt: Formation, Dynamics and*

- Environmental Change: A Sediment-Analytical Approach* Elsevier, Amsterdam.
- Bierman, J. (2004), *The Secret Life of Laszlo Almasy: The Real English Patient*, Londres.
- Borda, M. (2008), «A remarkable rock art shelter between Gilf Kebir and Uweinat», *Sahara* 19, pp. 147-148.
- Bubenzer, O. y H. Riemer (2007), «Holocene Climatic Change and Human Settlement Between the Central Sahara and the Nile Valley: Archaeological and Geomorphological Results», *Geoarchaeology: An International Journal* 22, pp. 607-620.
- Butzer, K. W. (1997), «Late Quaternary problems of the Egyptian Nile: stratigraphy, environments, prehistory», *Paléorient* 23, pp. 151-173.
- Caporiacco, L. y P. Graziosi (1934), *Le pitture rupestre di Ain Doua*, Florencia.
- Clayton, J. y A. De Trafford, *et al.* (2008), «A Hieroglyphic Inscription found at Jebel Uweinat mentioning Yam and Tekhebet», *Sahara* 19, pp. 129-134.
- Clayton, P. A. (1933), «The Western Side of the Gilf Kebir», *The Geographical Journal* 81, pp. 254-259.
- De Michele, V., ed. (1997), «*Silica '96*» *Proceedings*, Milán.
- (1998), «The Libyan Desert Glass scarab in Tutankhamen's pectoral», *Sahara* 10, pp. 107-109.
- Desio, A., *et al.* (1934-1939), *Missione Scientifica della Reale Accademia d'Italia a Cufra (1931-1939)*, vol. I-III, Roma.
- El Baz, F. y T. A. Maxwell (1982), *Desert Landforms of Southwest Egypt: A Basis for Comparison with Mars*, Washington DC.
- Rodd, F. J. R. (1933), «A Reconnaissance of the Gilf Kebir by the Late Sir Robert Clayton East Clayton and P. A. Clayton. The Western Side of the Gilf Kebir», *The Geographical Journal* 81, pp. 249-254 y 254-259.
- Forbes, R. (1921), *The secret of the Sahara: Kufara*, Londres.
- Förster, F. y R. Kuper (2003), «Abu Ballas (Pottery Hill): Call for Information», *Sahara* 14, pp. 167-168.
- Förster, F. (2007), «With donkeys, jars and water bags into the Libyan Desert: the Abu Ballas Trail in the late Old Kingdom/First Intermediate Period», *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan* 7, pp. 1-39.
- Förster, F. y H. Riemer, ed. (2013), *Desert Road Archaeology in Ancient Egypt and Beyondmore*, Colonia.
- Gauthier, Y. y G. Negro (1999), «Nouveaux documents rupestres des environs du Wadi Sura (Gilf Kebir, S.-O. de l'Égypte)», *Bulletin de la Société d'Études et de Recherches Préhistoriques des Eyzies* 48, pp. 62-79.
- Gross, K., *et al.* (2013), *Operation Salam. László Almásy's most daring Mission in the Desert War*, Múnich.

- Hachid, M., *et al.* (2010), «Quelques résultats du projet de datation directe et indirecte de l'art rupestre saharien», en D. Huyge, ed., *The Signs of Which Times? Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa*, Bruselas, pp. 71-96.
- Harding King, W. J. (1912), «Travels in the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 39, pp. 133-137.
- (1913a), «The Farafra Depression and Bu Mungar Hattia», *The Geographical Journal* 42, pp. 455-461.
- (1913b), «The Libyan Desert from native information», *The Geographical Journal* 42, pp. 277-283.
- (1925), *Mysteries of the Libyan Desert*, Londres.
- (1928), «Lost Oases of the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 72, pp. 244-249.
- (1930), «The Lost Oases», *The Geographical Journal* 75, pp. 61-64.
- Hassanein Bey, A. M. (1924a), «Crossing the untraversed Libyan Desert», *The National Geographic Magazine* 46, pp. 235-277.
- (1924b), «Through Kufra to Darfur», *The Geographical Journal* 64, pp. 273-291 y 353-363.
- Johnson Pasha, E. A. (1930), «Zerzura», *The Geographical Journal* 75, pp. 59-61.
- Kröpelin, S. (1987), «Paleoclimatic evidence from early to mid-holocene playas in the Gilf Kebir», *Paleoecology of Africa* 18, pp. 189-208.
- Kuper, R. (1989), «The Eastern Sahara from North to South: data and dates from the B.O.S. project», en *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*. Poznan, pp. 197-204.
- (2002), «Routes and roots in Egypt's Western Desert: the early Holocene resettlement of the Eastern Sahara», en R. Friedman, ed., *Egypt and Nubia. Gifts of the Desert*, Londres, pp. 1-12.
- (2013), «Visitors and vandals. The impact of desert tourism», en R. Kuper, ed., *Wadi Sura – The Cave of Beasts. A rock art site in the Gilf Kebir (SW Egypt)*, Colonia, pp. 66-69.
- *et al.* (2013), *Wadi Sura-The Cave of Beasts. A rock art site in the Gilf Kebir (SW Egypt)*, Colonia.
- Le Quellec, J.-L. (1993), *Symbolisme et art rupestre au Sahara*, París.
- (2005), «Une nouvelle approche des rapports Nil-Sahara d'après l'art rupestre», *Archéo-Nil*, 15, pp. 67-74.
- Le Quellec, J.-L. y P. De Flers (2005), *Du Sahara au Nil*, París.
- Linstädter, J. y S. Kröpelin (2004), «Wadi Bakht Revisited: Holocene Climate Change and Prehistoric Occupation in the Gilf Kebir Region of the Eastern Sahara, SW Egypt», *Geoarchaeology: An International Journal* 19, pp. 753-778.

- Manlius, N., *et al.* (2003), «Decline of the Barbary sheep (*Ammotragus lervia*) in Egypt during the 20th century: literature review and recent observations», *Journal of Zoology* 259, pp. 403-409.
- Moreno García, J. C. (2008), «Egipto y los desiertos circundantes a la luz de los nuevos hallazgos (IV-III milenios a. de C.)», *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 18, pp. 187-204.
- Newbold, D. (1928a), «An Exploration in the South Lybian Desert», *Sudan Notes & Records* 11, pp. 103-194.
- (1931), «The Kufara-Egypt Caravan Route», *The Geographical Journal* 78:, p. 533.
- (1945), «History and Archaeology of the Libyan Desert», *Sudan Notes & Records* 22, pp. 229-239.
- Peel, R. F. (1942), «The Tibu peoples and the Libyan Desert», *The Geographical Journal* 100, pp. 73-87.
- Penderel, H. W. G. J. (1934), «The Gilf Kebir», *The Geographical Journal* 83, pp. 449-456.
- Peters, J. (1987), «The faunal remains collected by the Bagnold-Mond Expedition in the Gilf Kebir and Jebel Uweinat in 1938», *Archéologie du Nil moyen* 2, pp. 251-264.
- (1988), «The paleoenvironment of the Gilf Kebir – Jebel Uweinat area during the first half of the Holocene: The latest evidence», *Sahara* 1, pp. 73-76.
- Riemer, H. (2004), «Holocene game drives in the Great Sand Sea of Egypt? Stone structures and their archaeological evidence», *Sahara* 15, pp. 31-42.
- (2007), «Mapping the movement of pastor-foragers: the spread of Desert Glass and other objects in the eastern Sahara during the Holocene humid fase», en F. Darius, ed., *Atlas of Environmental Change and Human Adaptation in Arid Africa*, Colonia, pp. 30-33.
- (2009), «Prehistoric Rock Art Research in the Western Desert of Egypt», *Archeo-Nil* 19, pp. 31-46.
- Riemer, H. y R. Kuper (2000), «Clayton rings: enigmatic ancient pottery from the Eastern Sahara», *Sahara* 12, pp. 91-100.
- Rohlf, F. G. (1875), *Drei Monate in der Wüste Libyschen*, Londres.
- Rhotert, H. (1952), *Libysche Felsbilder. Ergebnisse der XI. Und XII. Deutschen Inner-Afrikanischen Forschungs-Expedition (DIAFE) 1933/1934/1935*, Darmstadt.
- Sandford, K. S. (1933), «Vulcanic craters in the Lybian Desert», *Nature* 131, pp. 46-47.
- (1935), «Sources of Water in the North-Western Sudan», *The Geographical Journal* 85, pp. 412-431.

- Schön, W. (1989), «New results from two playa-sites in the Gilf Kebir (Egypt)», en K. A. Kobusiewicz, ed., *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*, Poznan, pp. 215-222.
- (1994), «The Late Neolithic of Wadi el Akhdar (Gilf Kebir) and the Eastern Sahara», *Archéologie du Nil moyen* 6, pp. 131-175.
- Shaw, W. B. K. (1929), «Darb el Arba'in (The Forty Days' Road)», *Sudan Notes & Records* 12, pp. 63-71.
- (1945), *The Long Range Desert Group*, Londres.
- *et al.* (1936), «An Expedition in the Southern Libyan Desert», *The Geographical Journal* 87, pp. 193-217.
- Stasse, J. (2011), *Coup d'éclat au Sahara. 1964-1965. La première traversée intégrale du désert d'Ouest en Est*, Bruselas.
- Van Noten, F. y L. Frobenius (1978), *Rock art of the Jebel Uweinat (Libyan Sahara)*, Graz.
- Wendorf, F. y R. Schild (1998), «Nabta Playa and Its Role in Northeastern Africa Prehistory», *Journal of anthropological archaeology* 17, pp. 97-123.
- Wilkinson, J. G. (1835), *Topography of Thebes and General View of Egypt*, Londres.
- Williams, M. A. J. y D. N. Hall (1965), «Recent Expeditions to Libya from the Royal Military Academy, Sandhurst», *The Geographical Journal* 131, pp. 482-501.
- Wingate, O. (1934), «In search of Zerzura», *The Geographical Journal* 83, pp. 281-308.
- Winkler, H. A. (1939), *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt II*, Londres.
- Zboray, A. (2012), «A revision of the identified prehistoric rock art styles of the central Libyan Desert (Eastern Sahara) and their relative chronology», en D. Huyge, ed., *The Signs of Which Times? Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa*, Bruselas, pp. 217-255.